

Ludotecas: una parábola y una convocatoria

Victoria González Rubio

Maestra parvulista

Tomás Andrés Tripero

Profesor de Psicología evolutiva de la Complutense

La tortuga

En un antiguo solar abandonado del barrio se ha levantado, en poco tiempo, una sorprendente arquitectura. Se trata de una enorme tortuga multicolor que abre su boca para que los niños puedan ir a jugar.

Para Juli y para Fernanda, maestras parvulistas, significa la realización de un gran sueño. ¡Fueron tantas las dificultades!

Había que contar con la ayuda fundamental de las instituciones locales y autonómicas, moverse al margen de cualquier interés, y tener el apoyo de todos.

Pero lo más difícil, si algo hubo que fuera fácil, había sido crear la conciencia, ante la gente, de que aquello era necesario. Más necesario que nunca.

¿Cómo convencer a unas personas, en su mayor parte, ajenas a los nuevos valores educativos y sociales, de que un barrio necesita una ludoteca para que los niños jueguen?

Cuanto menores eran las posibilidades reales de algunos vecinos, tanto más difícil hacerles ver lo que para ellos esa iniciativa podría significar. Su extraña dignidad les empujaba a considerar que lo que se pretendía era crear un centro benéfico para niños pobres.

Ciertamente los juguetes estaban cada vez más caros y se hacía necesario emplear esfuerzos extraordinarios cuando llegaban los «Reyes», o los hijos hacían los años, pero tendrían juguetes para ellos solos, los que más anunciaban por TV o, al menos, parecidos; claro que luego daba pena ver un costoso artilugio irreparablemente destruido y relegado al olvido, cuando ni siquiera había transcurrido un tiempo prudente para su uso y disfrute.

Pero la incompreensión no era sólo patrimonio de los más desfavorecidos por la economía y la cultura. En cierta ocasión, cuando un funcionario, responsable de una de las áreas de información educativa, fue requerido para orientar las gestiones iniciales, en un mundo indiferente al entusiasmo, exclamó:

- ¡Lo que me faltaba! ¿Ahora me vienen con ludotecas?... ¡Hay que... !

Fue la gente relativamente joven, de un cierto nivel cultural y con conciencia social, algo tan positivo para la convivencia, la que acogió, desde un principio, muy favorablemente la idea. Aquella que, precisamente, podía permitirse regalar juguetes sin excesivo problema.

Hubo que explicar, no obstante y hasta la saciedad, que una ludoteca no era una guardería.

¡Qué estupendo -decían-, me van a cuidar durante todo el día a los niños y, encima, les van a proporcionar juguetes!

En primer lugar era necesario borrar la idea de «guardería» de la mente de todo el mundo. Entre otras cosas porque las Escuelas Infantiles tenían que ocupar ya, definitivamente, su lugar y, después, porque no se trataba de suplantar a éstas, con una misión educativa bien definida.

El juego, en una escuela infantil, es un medio necesario e indispensable en el proceso de formación psicomotriz y simbólica, pero no es, como en las ludotecas, un fin en sí mismo.

En la escuela infantil y en el colegio el juego ayuda a aprender las cosas serias, en la ludoteca los niños aprenden que el juego es una cosa seria.

La ludoteca pretendía dar un sentido creador al tiempo libre de los niños que ya habían iniciado la escolaridad.

Se trataba de alejarles, por algún tiempo, de la continua influencia de la TV. Sólo el suficiente para que tuvieran la oportunidad de descubrir un mundo nuevo y maravilloso, lleno de ideas y recursos, que llenará su imaginación.

Pero lo importante no era sólo que todos, todos los niños del barrio pudieran tener acceso a juegos y juguetes que no hubieran podido disfrutar, de otra manera, en sus casas. Pronto, ellos mismos descubrieron que quizá eso fuera lo de menos. Lo realmente fantástico era que, a través de los juguetes y de los juegos y de los talleres de creatividad, habían tenido la oportunidad de descubrir la amistad y el afecto de los otros. De Juli, de Fernanda, de los demás niños y, también, de los padres de sus compañeros de juegos.

Al fin, los adultos podían tener la confianza y la tranquilidad de que sus pequeños iban a disfrutar en un lugar cercano libre de riesgos.

Convocatoria

La proliferación de la seducción televisiva contribuye a que, cada vez más, los niños se conviertan en espectadores pasivos de una realidad no siempre ética ni moralmente recomendable.

Sus facultades imaginativas y creadoras, impulso básico de la inteligencia y de la sensibilidad, se ven adormecidas o enajenadas.

Cuando la diversión se transforma en tensión y en ansiedad, nada de lo que los expertos hayan elegido para cautivar la atención pasa inadvertido a los ojos fatigados.

La calle no es ya, lamentablemente, un buen lugar de experiencias infantiles. Y las casas, en muchos casos, imponen límites inevitables a la expansividad lúdica.

La diferencia de medios convierte al juguete, más allá de su verdadera función, en un instrumento de diferenciación social.

Por supuesto, que, la LUDOTECA es un lugar para imaginar, para desarrollar la creatividad, para contribuir a despertar la inteligencia y, por tanto, para contribuir a superar el fracaso escolar.

Un lugar apropiado y seguro donde jugar.